

EL FRACASO EN LA BIBLIA

Al igual que en la vida, la experiencia bíblica de fracaso es permanente y compleja. En la Biblia encontramos el fracaso inocente, el fracaso por necesidad, ignorancia, soberbia, resistencia al cambio, y también el fracaso de todo Israel a causa de la idolatría, la desobediencia y la injusticia. Figuras del fracaso y de resiliencia son también los profetas, los apóstoles e incluso el mismo Dios bíblico, concluyendo con el fracaso salvador de la cruz de Cristo.

Sal Terrae, 106 (2018) 213-226

LAS SENDAS QUE LLEVAN AL FRACASO

Fracaso en la misión y resiliencia

Lejos de ser un cuento de hadas, la Biblia recuerda que la historia humana está tejida también, y en proporción no pequeña, con los hilos de la derrota, el desastre, la decepción y el extravío. En la Biblia quien fracasa no es Dios, sino la libertad humana; pero el Dios bíblico asume como propio ese fracaso: lejos de desentenderse, continuará haciéndose presente en la historia. Quizás sea ésta una primera enseñanza: muchas veces hemos de asumir como propio un fracaso ajeno y eso no es nada sencillo. Los profetas, por ejemplo, constantemente recordaron a Israel la obligación de apartarse del mal y de avanzar por el camino de la justicia. Pero fueron casi sistemáticamente rechazados, y según la tradición posterior asesinados:

2Cro 24,20-22; Neh 9,26-27; Lc 13,33-35; 24,19; 1Tes 2,15.

Las llamadas Confesiones de Jeremías (Jer 11,18-12,6; 15,10-21; 17,14-18; 18,18-23; 20,7-18) son un reflejo -casi único en el AT- del drama interior de quien debe llevar una dura misión en medio de las dudas personales, de las traiciones; pasando por momentos de profunda depresión y desesperanza. El fracaso aparente de su misión es tal que se siente burlado por el mismo Dios, y se arrepiente no solo de haber aceptado la misión, sino incluso del haber nacido (Jer 20,7-18; cf. Job 3,1s.; 14,1s.; Eclo. 23,14).

San Pablo va algo más allá. El Apóstol entiende que Dios se le revela precisamente en los fracasos apostólicos, cuando se ve humillado y angustiado por las polémicas que se dan en las comunidades

(2Cor 12,20-21). En esas circunstancias Pablo encuentra el consuelo de Dios (2Cor 7,5; cf 4,7-10; 12,9-10). El éxito de un cristiano consiste en experimentar la «fuerza» del Reino de Dios (1Cor 4,20) en medio del desprestigio y la debilidad (1Cor 4,9s).

El *Diccionario de la lengua española* ha incorporado recientemente dos nuevos términos, ‘resiliente’ y ‘resiliencia’, que vienen a significar, en un uso metafórico, la capacidad no solo de resistir en una situación adversa, sino también la de recuperarse tras un fracaso. Dios, los profetas, y san Pablo son buenos ejemplos de resiliencia. Están muy alejados del ambiente social y cultural actual, que cifra el éxito en la estabilidad psicológica, el bienestar material y otros aspectos de la «realización personal».

El fracaso de las víctimas

La Sagrada Escritura está llena de vidas frustradas no por sus decisiones erróneas, sino por la violencia ejercida sobre ellas por otras personas, por las circunstancias o por la naturaleza. Es la realidad de muchos de los seres humanos con los que compartimos este mundo. En las páginas bíblicas aparecen mujeres víctimas de abuso sexual, como Tamar, hermana de Absalón (2Sam 13). ¿Cómo olvidar a la joven hija de Jefté, sacrificada por un voto imprudente de su padre (Jue 11,34-40), o al esposo anónimo (2Sam 3,16) a quien obligan a

renunciar a su amada esposa, Mikal?

Debemos incluir en este recuerdo a las innumerables víctimas inocentes de las guerras, llevadas a cabo también por los israelitas, según los cuales Dios les ordenaba aniquilar a poblaciones enteras, incluyendo mujeres, niños y animales (Nm 21,2-3; Dt 2,34-37; 3,6-8; 7,2; 13,13-19; 20,17; Jos 6,17-21; etc). La Biblia da testimonio dramático de la violencia real de nuestra historia, con frecuencia justificada con ideologías y religiones.

La misma naturaleza es víctima de la violencia humana y llevada al fracaso (Rm 8,20-22). Hay leyes que la protegen, como Dt 20,19-20, que prohíbe su destrucción, pero esta norma no se aplica en la campaña destructiva de Jorán contra Mesa, rey de Moab. Cumpliendo la profecía de Eliseo (2Re 3,15-19), los israelitas devastarán el territorio (2Re 3,25). La tierra de Moab es condenada a la infertilidad. Hoy sabemos hasta qué punto la humanidad ha transformado la naturaleza. Nos enfrentamos a la tragedia de que el “éxito” de la especie humana puede suponer el fracaso de nuestro planeta.

Fracaso y falta de realismo

El fracaso puede ser consecuencia de la falta de realismo, de haber actuado movido por ideales exagerados. Jesús hablaba de la casa construida sobre arena (Mt 7,26)

o sobre tierra, sin cimiento (Lc 6,49). Cuando se va a construir una torre, hay que calcular bien el presupuesto: ¿Tenemos suficiente para completarla? (Lc 14,28-30).

El prudente va aprendiendo qué se le da bien y qué se le da mal y busca los terrenos en los que se sabe ganador. Israel habita en las sierras y tiene un Dios celeste cuyos santuarios se colocan en la cima de las montañas. Si lucha en el monte, triunfa sobre sus enemigos (1Re 20,23). Si presenta batalla en el llano, se arriesga a la derrota (Jdt 5,3.5.19; 7,9.10). El fracaso es seguro cuando uno da coces contra el agujón (Hch 26,14).

Aun con buenas intenciones hay personajes que fracasan o que son vistos como fracasados. Le pasó a san Pedro en Antioquía cuando, quizás con un propósito conciliador, permitió que una comunidad se dividiera en dos asambleas eucarísticas, una judeocristiana y otra gentil-cristiana (Gal 2,11s).

Fue quizás la experiencia de Jesús, que fracasó en un proyecto noble: reformar el Judaísmo en una línea abierta al diálogo cultural con el helenismo, frente a las reformas de Esdras, que suponían (Es 7,26; Ex 13,7.19; 21,24; 22,27; Lv 17,15-16; 18,26; 24,16.21) una política nacionalista judía, segregacionista y racista.

Fracasar por miedo

Con cierta ligereza se dice que

no hay que tener miedo al fracaso. Incluso la última secuela de la saga de *Star Wars* hace decir al especialista en tópicos maestro Yoda, en su hiperbático estilo: «El mejor maestro, el fracaso es».

El tópico tiene mucho de verdad. De los errores se puede aprender mucho, siempre que se examine con cuidado lo que ha fallado. Pero lo cierto es que los errores cuestionan la confianza que depositamos en quien se equivoca. Lo normal, por ello, es que la prioridad de las personas sea no fallar. Solo los grandes líderes saben mirar a medio o largo plazo, aceptando e incluso animando a que se puedan cometer errores en el corto plazo.

Nadie quiere experimentar el fracaso. Cada fracaso provoca en la persona enfado y vergüenza; deja heridas; mina la seguridad en uno mismo y puede conducir a la depresión. No es extraño, por ello, la actitud de quien prefiere no arriesgar. Los hay que, de tanto esperar a los vientos o las nubes propicias, no siembran nunca (Ec 11,4). El miedo, la cobardía o la excesiva prudencia lleva al siervo de la parábola en versión lucana (Lc 19,12-27 // Mt 25,14-30) a guardar el dinero en un paño, con lo que no puede ofrecer ninguna ganancia al rey. Las mujeres de Marcos, por miedo, no llevan adelante la misión que Jesús les ha encomendado (Mc 16,8).

El miedo aumenta la percepción de la magnitud del peligro.

Cuando Moisés envía exploradores antes de pasar a la Tierra Prometida (Nm 13), éstos vuelven alabando su riqueza, pero el miedo les hace describir a las gentes que allí habitan como gigantes y a verse a sí mismos como «langostas» (Nm 13,33). Sólo Caleb y Josué se mostrarán valientes (Nm. 14,9) y por ello serán recompensados con la entrada en la Tierra (Nm 14,24.30). Los cobardes se quedarán atrás.

La Carta a los hebreos dice que Jesús vino a liberar «a los que, por miedo a la muerte, pasan la vida como esclavos» (Heb 2,15). San Pablo, a pesar de su «temor y temblor» ante una ciudad con fama de peligrosa como era Corinto, no dejó de ir a ella y evangelizarla (1Cor 2,3).

Fracaso y narcisismo

Todos tenemos, en mayor o menor medida, lo que algunos llaman el «complejo de dios»: creer que lo sabemos todo, que no hemos de aprender nada nuevo. Le pasó al Faraón en Egipto: por más pruebas que ha visto -las famosas diez plagas (Ex 7-12)- de que Dios está con Israel, sigue sin aceptar que ese pueblo sea algo más que una horda de esclavos insumisos. Su obstinación acabará sumergida en el mar (Ex 14).

El problema de los que tienen el complejo de dios, especialmente si ocupan puestos de gobierno,

es que no les faltarán aduladores que constantemente les confirmen su infalibilidad (1Re 22,11; Jr 20,1-3; Am 7,10-17). El rey Ajab de Israel, ante la insistencia de su aliado Josafat de Judá, acepta consultar el oráculo profético antes de partir a la guerra contra los sirios (1Re 22). De todos los profetas, solo uno, Miqueas, evita la adulación y profetiza el desastre que se avecina. Pero en balde: el rey Ajab irá a la guerra que ya tenía decidida, y allí morirá.

El líder sabio, en cambio, está deseando ser advertido de sus errores: «Quién pusiera un guardia sobre mis pensamientos y un sabio instructor en mi mente que no perdonara mis yerros ni disimulara mis pecados!» (Eclo. 23,2).

Necedad y sabiduría

El necio cae en las trampas; el astuto las evita. José es un buen modelo de respuesta, al salir por pies acosado por la mujer de Putifar (Gn 39,12). El mismo Jesús tuvo que retirarse en varios momentos de su vida para dar la espalda a los cantos de poder y prestigio con que era seducido (Mt 4,1-11 par.; Jn 6,15; quizás Mt 15,39 par.).

La literatura sapiencial bíblica recordará constantemente que la sabiduría es camino de éxito. Por el contrario, ser necio, impío, holgazán (Prov 20,4), avaricioso (1Tim 6,9), adúltero o violador (Prov 6,32), mentiroso (Sir 20,25),

injusto, malvado (Prov 10,24) o criminal (Job 31,3) conduce al fracaso. Uno cosecha lo que siembra: «Quien siembra maldad cosecha desgracia: la vara de su arrogancia se consumirá» (Prov 22,8; cf. Sal 126,5; Job 4,8; Sir 7,3; Gál 6,7-9; 2Cor 9,6).

Pero, ¡ay!, la misma sabiduría práctica que es fuente de felicidad nos hace ver que no siempre la virtud produce bienestar, sino que en ocasiones acarrea dificultades y disgustos. De ello da buen ejemplo el rey Josías (2Re 22-23), probablemente el rey mejor valorado por la tradición bíblica (2Re 23,25). Su gran virtud no le libró del enorme fracaso militar y de la muerte contra el faraón Necó en Meguido (2Re 23,29).

Pocas libros más desencantados ha producido la literatura humana que el libro de Qohélet, el predicador. El ser humano, con su trabajo y esfuerzo, también con su búsqueda de felicidad y placer, no hace sino esforzarse por «cazar viento» (Ecl 2,11.17.26; 4,4 etc.). La vida humana «no dura más que un soplo» (Sal 39,6; 78,33; 144,4). «Todo es vanidad» (Ecl 1,2); «todo es fracaso» sería una traducción posible: la vida resulta ser el mayor de los fracasos («vanidad de vanidades»).

Pero la desesperación, según la Biblia, es también cosa de necios: la sabiduría consiste en aceptar la realidad, y disfrutar con moderación el tiempo que nos sea posible (2,25; 3,13; 7,14; 9,7s.).

Fracasar a causa del éxito

Se puede fracasar en medio del éxito, caer desde lo alto de la cima, lo que en inglés llaman *self-sabotage*: sabotearse a uno mismo. Les ocurre con frecuencia a los que alcanzan la cima del poder político, económico o profesional. Les vence el orgullo, la *hybris* griega: desmesura y soberbia, desprecio temerario de los límites, falta de control de los propios impulsos. Este orgullo o soberbia es causa frecuente de ruina en la Escritura. Dios no soporta el orgullo, ni la soberbia del poder, ni el lujo y fasto con que se manifiesta: «Delante de la ruina va la soberbia, delante de la caída va la presunción» (Prov 16,18).

Paradigma de soberbia y fracaso en la cima del éxito es Salomón, quien, en sus años últimos, tras haber sido reconocido como un rey sabio, prudente y piadoso, y haber construido el Templo, fue cegado seguramente por su poder y riquezas (1Re 10,23). Puso su confianza en la fuerza militar, en sus carros y caballos (1Re 10,26), y fue seducido por mujeres extranjeras y sus dioses (1Re 11, 1s).

Antes de Salomón, Saúl también había sido paradigma de cómo puede venirse abajo lo construido con la bendición divina. En psicología se conoce el fenómeno del “estancamiento” (en inglés *stagnation*), cuando alguien se resiste a crecer, a mejorar, a permitir que su vida continúe en un pro-

ceso de florecimiento. Se ha alcanzado un cierto nivel de satisfacción y no se acepta el sufrimiento que supone seguir avanzando en la virtud. La persona se conforma con una cierta mediocridad. Intenta evitar los desafíos personales buscando que los demás participen de su mediocridad. El estancamiento del rey Saúl se convierte en obsesión por los triunfos de David. En lugar de aprovechar el potencial de David para ayudarse de él, buscará matarle (1Sam 18,6-16).

Una envidia similar lleva a los hijos de Jacob a deshacerse del hermano José (Gn 37); envidia cuyo origen es la agresividad que provoca el “soñador”. La ancianidad puede llevar también a un conservadurismo y apego a las tradiciones, cerrando el paso a la novedad (Mc 7,1-23). Por el contrario, Eliseo se muestra como ejemplo del profeta que, ya anciano y cansado, acepta la palabra de Dios que le propone escoger a un sucesor -Eliseo- y ungirle (1Re 20,16s.) para más tarde comunicarle -no sin cierta resistencia- parte de su espíritu (2Re 2,10).

El Pueblo Elegido... ¿para fracasar?

a) Las causas del fracaso de Israel

La redacción bíblica considera la caída de los reinos de Israel y de Judá como un cumplimento de

la amenaza y maldición formulada en Lv 26,13-45 (cf. Dt 8.30 etc.). Son tres, principalmente, las infidelidades que, según la Biblia, llevaron al fracaso. La primera es la idolatría, que lleva no solo a adorar a otros dioses, sino, aún más grave, a creer que han sido esos otros dioses los que le han salvado (Ex 32,34). Lo expresa bellamente Jeremías: “... me abandonaron a mí, fuente de agua viva, y se cavaron aljibes, aljibes agrietados que no retienen el agua” (Jer 2,13). Esta idolatría se expresa también en la confianza en los medios humanos, en la fuerza militar y en las riquezas, en lugar de en Dios mismo (Is 8,6; cf Is 10,20). El segundo fracaso es haber rechazado la Ley de Dios, la Toráh, entendida como mandamiento y como instrucción (Lv 26,43; Is 5,24; Jer 6,19; Ez 5,6; 20,13.16; Os 4,5; Am 2,4-5). En tercer lugar, se encuentra la ruptura de la igualdad fundamental de los israelitas, el quebrantamiento de la fraternidad:

“Venden al inocente por dinero y al pobre por un par de sandalias revuelcan en el polvo al desvalido y tuercen el proceso del indigente”.

(Am 2,6-7).

b) Fracaso y rechazo

En muchas ocasiones expresa el texto bíblico el riesgo o la constatación de que Dios ha rechazado a su pueblo, al que una vez eligió:

«Porque [...] te olvidaste de la ley de tu Dios, también yo me olvidaré de tus hijos.» (Os 4,6; cf 2Re 17,20; 23,27; Jer 31,37; Os 4,6; 9,15; Lam 3,42-48). San Pablo hablará de ello en Rm 9-11, iniciando con la pregunta: «¿Ha rechazado Dios a su pueblo?» (Rm 11,1).

La experiencia del rechazo es uno de los fracasos más comunes,

uno que todos hemos experimentado. Aquella chica que no aceptó mi invitación, el matrimonio roto porque él o ella ha preferido a otra persona, el no ser elegidos para un puesto de trabajo, etc. El rechazo, hasta el más trivial, toca fibras muy íntimas, mina la confianza y la estima de uno mismo, nos hace dudar de nuestras cualidades y resucita heridas antiguas.

CÓMO REACCIONAR ANTE EL RECHAZO ¿CÓMO REACCIONA ISRAEL?

Tiempo, paciencia, serenidad

En primer lugar, Israel deberá reconciliarse con su propia memoria. La memoria nos zahiere con el remordimiento encerrándonos en un bucle de negación, de incredulidad y de autocastigo. El fracaso convertido en memoria del fracaso puede resultar estéril, alienante, descorazonador, una bomba en nuestro espíritu.

Pero el recuerdo del fracaso también puede abrir paso a la esperanza. En primer lugar, será necesario dejar pasar un lapso generoso de tiempo. A veces también hay que poner tierra de por medio. Israel necesitará muchos años de exilio para reorganizar su memoria y su fe. Elías, sabiéndose perseguido a muerte por Jezabel, huye hasta llegar al Horeb (1Re 19). El Horeb es el «monte de Dios», el de la zarza ardiendo (Ex 3,1), lugar de una de las más profundas

y misteriosas revelaciones divinas (Ex 17,6; 33,6; 33,7s) y lugar de la Alianza (Dt 4,10.15; 5,2 etc.). Elías, ante el fracaso, vuelve a los lugares originales de la experiencia de Dios. La situación es de total fracaso o desesperanza (1Re 19,10). Ve pasar sucesivamente un huracán violento, un terremoto y un fuego, en ninguno de los cuales está el Señor. Viene luego una brisa tenue, y ahí sí está la voz del Señor. El fracaso o el rechazo provoca huracán, violencia, agresividad, ira... y hay que dejarlos pasar. La brisa sugiere la tarea: reconstruir el profetismo israelita a partir de un discípulo que será Eliseo.

Examinar y reconocer los errores cometidos

Israel deberá también reconocer el error, aceptar el pecado co-

metido (Sal 106,6-7; Dan 9,4s.). Tras el fracaso será necesario objetivar lo sucedido, mirar con realismo a la historia.

En ocasiones, como en la parábola lucana del Hijo pródigo (Lc 15), las causas del fracaso son evidentes. En otras se necesita detenerse y examinar con serenidad, puesto que no siempre somos conscientes de los hábitos o comportamientos que nos han hecho fracasar.

En la parábola lucana hay un aspecto a veces olvidado: el hijo pequeño, al volver, viene dispuesto a reparar el mal cometido con los pocos medios que le quedan, con su propio trabajo: «Trátame como a uno de tus jornaleros» (Lc 15,19). No basta con la culpa psicológica, ni con el arrepentimiento expresado. Todo eso puede quedar en meras palabras si no va seguido de una acción que busque enmendar el error. Es curioso que en el hebreo bíblico se encuentra una palabra, *hattá*, que puede significar al mismo tiempo «pecado» y «sacrificio por el pecado». Esa palabra designa el fallar un objetivo (Jue 20,16), no encontrar lo que se busca (Job 5,24), dar un paso en falso (Prov 19,2), transgredir una costumbre o una regla (Gen 20,9; Jue 11,37; Lev 4,2.13.27), o una ley divina (Ex 9,27; 1Sam 2,25; 2Sam 12,13); pero también se emplea para designar el medio para borrar el pecado (Nm 19,9) o el mismo sacrificio por el pecado (Lv 4,23).

Mirar más allá de uno mismo

Además del reconocimiento realista de la desobediencia pasada, otro modo como Israel ha asumido el rechazo de Dios ha sido el mirarse a sí mismo como uno más entre otros pueblos. Al contemplar lo que Dios hace con otros pueblos, se relativiza el rechazo o el fracaso propio: el rechazo no es exclusivo de Israel, es el modo como Dios trata a todos los pueblos.

La diferencia habla en favor de la relación de Israel con Dios: por un lado, Dios ha tratado a su pueblo con una paciencia y misericordia mayor que a otros (Sal 106,1-48; Sal 89,39); por otro, no todo está perdido, y aún es posible restaurar la relación. La experiencia del rechazo, bien vivida, podrá ser a la larga beneficiosa. El rechazo no es total (Lv 25,44), pues el amor es demasiado fuerte y demasiado antiguo como para que Dios se olvide de su pueblo (Is 56,6), Dios no puede echarse atrás (Job 36,5; cf. Rm 11,29).

Imaginar el futuro con esperanza, y comenzar a vivirlo

El fracaso puede ser ocasión de comenzar una nueva vida. Los profetas dejan siempre abierta la puerta de la esperanza. Entre los muchos textos proféticos que incluyen oráculos de esperanza o de salvación, uno de los que más trascen-

dencia han tenido ha sido el de los huesos secos de Ez 37. Tras contemplar el castigo que supuso la destrucción de Jerusalén y el exilio, se anima al profeta a pronunciar un oráculo sobre una visión de un valle lleno de huesos secos, símbolo de Israel. Los huesos, poco a poco, se revestirán de vida para, finalmente, recibir el espíritu en un acto que recuerda cuando Dios sopló por primera vez el barro para crear al ser humano. De un modo similar, Israel deberá ir paulatinamente recuperando la vida que perdió.

Salvados por el fracaso escandaloso de la cruz

Concluamos con el mayor fracaso de la historia bíblica: la muerte del Mesías, del Hijo de Dios; con el escándalo de la cruz (1Cor 1-4). Esta muerte no hizo dudar de que Jesús hubiera sido un gran profeta (Lc 24,17-21), pero sí acabó con el sueño mesiánico que Jesús había alentado.

Como la enseñanza pascual del Resucitado en el camino de Emaús (Lc 24), el «himno» de Filipenses (2,5-11) proclama que la muerte en cruz no fue un hecho aislado, un infortunio, un desagradable e imprevisto incidente. Por el contrario, fue una etapa necesaria en la

férrea determinación del Hijo por hacerse hombre, por «verterse» o «derramar» su divinidad en el ser humano, asumiendo su existencia pobre y esclava, aceptando la muerte en su fracaso social, político, afectivo, religioso, para ser a continuación exaltado y reconocido como «Señor», es decir, como «Dios». La cruz se convierte así para el cristiano en paradigma del camino por el que el creyente encuentra la gloria.

La inversión de los valores de fracaso y éxito es total. La debilidad será, a partir del Triduo pascual, ocasión para manifestarse la fortaleza de Dios (1Cor 2,3; 9,22; 15,43; 2Cor 12,10; 13,3; Job 26,2). Santa Teresa lo expresó bellamente con algunas de sus redondillas más conocidas:

Sea mi gozo en el llanto,
sobresalto mi reposo,
mi sosiego doloroso,
y mi bonanza el quebranto.

En la oscuridad mi luz,
mi grandeza en puesto bajo.
De mi camino el atajo
y mi gloria sea la cruz.

Aquí estriba mi firmeza,
aquí mi seguridad,
la prueba de mi verdad,
la muestra de mi firmeza.

Condensó: SANTI TORRES